

El escenario político mexicano *versus* el escenario político en dos obras de William Shakespeare: Julio César y Coriolano

OSCAR J. ALTAMIRANO

Cuando los consejeros de la Reina Isabel I, hipersensibles a los paralelos que se establecían entre el escenario isabelino y la realidad política, prohibieron, en junio de 1599, la representación de cualquier drama histórico acerca de Inglaterra, Shakespeare se encontraba justo a la mitad de su producción dramática habiendo concluido algunas de sus tragedias históricas. ¿No es significativo que su siguiente obra fuera la tragedia romana de *Julio César*? Aunque un régimen totalitario suprime la libertad de expresión sobre el presente, queda la alternativa de volver los ojos hacia el pasado. El acto de reprimir al poeta es equivalente al de mitigar el fuego con alguna sustancia inflamable, y una limitación exacerba la potencia creativa. Tal fue el caso de William Shakespeare. Ahora, a casi cuatrocientos años de este acontecimiento, los paralelismos que preocupaban a los consejeros de la reina Isabel cobran en México una reverberancia asombrosa.

En palabras de Hamlet, "el propósito de la representación ha sido y es, desde un principio hasta ahora, sostener un *espejo* ante la naturaleza en el que la virtud vea su forma, el vicio su imagen, cada nación y cada siglo sus principales caracteres". El teatro, en Londres, era el único lugar donde el vulgo podía presenciar las imágenes de ese espejo, además de escuchar opiniones sinceras y comentarios honestos sobre la vida. Así también lo creía la Reina Isabel y, mes con mes, los teatros se clausuraban. En febrero de 1601 comenzaba a gestarse una rebelión, y quienes la encabezaban sobornaron a la compañía de Shakespeare para que representara *Ricardo II* como parte de su propaganda. Dos años después, cuando la Reina estaba al borde de la muerte, la primera medida adoptada para preservar el orden fue la de cerrar los teatros.

El primer paralelismo entre el régimen isabelino y el nuestro radica, principalmente, en la distancia interpuesta entre el gobierno y el gobernado. Mientras que nuestro régimen posee una naturaleza *institucional*, el isabelino estaba dotado de un carácter *divino*. En ambos casos la constante es la distancia. Comunicarse o involucrarse con una estructura institucional es tanto o más complicado que hacerlo con una estructura divina. En parte porque esa distancia resulta infranqueable para cualquiera que no pertenezca a la *élite*. En tiempos de la Reina Isabel, la *élite* estaba constituida por la familia real. El Príncipe era el representante directo de Dios en la tierra; literalmente, *heredaba* el trono. En nuestros días, el trono se hereda mediante una tradición política en la que el heredero es el representante directo de toda una institución equivalente a la familia real, y es el sucesor de una larga cadena de Dioses que han gobernado por periodos sexenales. Ambas estructuras son producto de su época y, por lo tanto, completamente eficaces, al menos en dos aspectos: el de mantener el poder en *familia*, y el de convertir al Soberano en un personaje intocable. En el mundo isabelino, el Soberano estaba en la punta de la pirámide, encerrado en un ritual que expresaba la divinidad de los reyes. Para una persona ordinaria la Reina era inaccesible. Los consejeros *privados* eran los únicos que poseían el derecho de acceso. Nuestro aparato para gobernar posee el mismo esquema. La diferencia estriba en que la Reina era todopoderosa gracias a la voluntad divina, mientras que nuestro presidente es todopoderoso gracias a la voluntad de su antecesor. La Reina Isabel I era la última de su

estirpe y, al igual que ella vio amenazada la estabilidad de su gobierno por la falta de un heredero al trono. Nuestro gobierno se ve amenazado a partir de la muerte del *auténtico* heredero a la corona de México; pero, en este caso, el problema radica en cómo mantener el poder, y en cómo conservar la paz en la ausencia de Dios.

Por otra parte, el hecho de enlazar el control de una nación con las fuerzas divinas, con el poder sobrenatural, habla también de la magnitud de la empresa de dirigir a un país entero. Es el acercamiento a la omnipotencia lo que pone de manifiesto la necesidad de inyectar un componente superior a cualquier otro conocido por el hombre, para gobernar sabiamente, o por lo menos de manera implacable. En esto los soberanos se enfrentan a una verdadera limitación; pues independientemente de que pertenezcan a un esquema divino o institucional, o se jacten de ser intocables en el oficio, en su persona son seres humanos. Detrás de la pompa y la grandeza yace, en el peor de los casos, el hombre corrupto y la ambición desmesurada, y en el mejor, la espantosa y solitaria *responsabilidad*, la preocupación por mantener el orden y la estabilidad social.

A este respecto, los medios de difusión han jugado un papel determinante. Los ahora llamados medios masivos de comunicación son equivalentes a los teatros de los tiempos de Shakespeare, a nivel de *medio*, pero radicalmente opuestos en cuanto a su misión de "sostener un espejo ante la naturaleza". En la época isabelina los teatros se clausuraban ante la imposibilidad de establecer un pacto que permitiera dosificar la información, o modificar la imagen del espejo, cuyos reflejos podían ser monstruosos pero verídicos. El reflejo de nuestra nación es infinitamente más monstruoso, porque el vicio es transformado en virtud y la virtud desconoce la forma. La electrónica, principal responsable de haber transformado la comunicación en masiva, exige la instauración de un pacto con las debidas retribuciones para las partes involucradas y, en este sentido, el monopolio surge como algo tan deseable para el poder como inevitable. Con toda seguridad se puede concluir que, en nuestra época, al igual que en el antiguo mundo de Shakespeare, un pueblo informado representa un peligro para los dirigentes.

En *Julio César* y en *Coriolano*, el peligro (un pueblo que se ha enfrentado a la verdad), desemboca en las batallas que surgen como el resultado ineludible de una transición turbulenta *en el poder*; pero para resolver el conflicto en beneficio de la comunidad, más que para ser conquistadas mediante la ley del más fuerte. La pregunta sería, si la situación política actual de nuestro país pudiera terminar en una revuelta a nivel nacional y, si así fuera, ¿existiría algún verdadero beneficio para la comunidad? Quizá al revisar la evolución de los hechos en Chiapas encontremos un microcosmos. Pero de ninguna manera podría servir como antecedente del *macro* porque, en primer lugar, los hechos verdaderamente importantes le están vedados al pueblo y a los escasísimos medios de comunicación que hablan con la verdad. Las negociaciones de Chiapas, y las del país entero, se gestan a puerta cenada, en secreto. En segundo lugar, cuando llega el momento de transmitir la información, información completamente negociada, se hace en medio de una ceremonia que neutraliza todo impulso inquisitivo.

Más que responder al interrogante de los beneficios de una revuelta, que generalmente son mínimos al compararse con la cuota que se debe pagar, la tragedia de *Julio César* sostiene un espejo inmejorable ante la *naturaleza* de la circunstancia política que estamos viviendo. Es una puerta abierta al corazón y a los pensamientos de los dirigentes de todos los tiempos, a esas negociaciones que, a puerta cerrada, ponen en juego el destino de una nación. Cabe agregar que Shakespeare, para delinear sus tragedias romanas, se basó en Plutarco, por vía de una traducción que Sir Thomas North había hecho del francés y que se publicó bajo el nombre de *The lives of the noble Grecians and Romanes* en 1579. Si bien es interesante observar el rigor con que Shakespeare se apega a la autoridad de Plutarco, no lo es menos, percatarse de cuánto y con qué fidelidad los políticos de México se han apegado, a su vez, a las prácticas más comunes en el Imperio Romano.

En *Julio César* se respira un ambiente donde reina la conspiración, la ingobernabilidad,

la crisis interna del poder, la demagogia, la violencia del vulgo y los antagonismos entre miembros del senado, que culminan con el asesinato del propio César, *antes* de obtener la corona. Como un presagio insólito un adivino, que se ha acercado a César antes del atentado, lo previene diciendo:

¡Guárdate de los idus de marzo! (Adivino, Acto I, escena II)

El hecho de que el asesinato de Colosio también haya ocurrido en el mes de marzo, podría considerarse como una casualidad. Pero es interesante mencionarlo porque pone de relieve la importancia de la superstición en las tragedias de Shakespeare, donde los vaticinios terminan por cumplirse. Existen, sin embargo, otras coincidencias que permitieron que ambos atentados culminaran con la muerte de César. Primero, el exceso de confianza en uno mismo, que hace sentir a los elegidos inmortales, y segundo, el exceso de confianza en los demás. Un sofista de Cnidos ciertamente no se equivoca al decir:

La confianza abre el camino a la conspiración. (Artemidoro, Acto II, escena III)

Casio lo sabe; él es el primero en encender la llama. Como tantos políticos de la historia, Casio es el conocido envidioso de la gloria del César. Sus argumentos para iniciar la conspiración y garantizar su éxito, deben ser los de un hombre brillante y, al encontrarse con Bruto, expresa con elocuencia un temor universal:

...tanto me daría no vivir a vivir bajo el terror de un semejante a mí mismo... Maravíllame que un hombre de constitución tan débil pueda marchar a la cabeza del majestuoso mundo y llevar él solo la palma. (Casio, Acto I, escena II)

Al proseguir con el discurso, su envidia hacia César cobra fuerza, y resulta doblemente aterrador al imaginarlo en la mente de cualquier miembro del pasado gabinete presidencial cuyo nombre (o apellido), también por casualidad, inicie con la letra C:

¡Ese hombre ha llegado ahora a ser un Dios, y Casio es una miserable criatura, que ha de inclinarse humildemente si César se digna hacerle un ligero saludo! (Casio, Acto I, escena II)

Shakespeare ha interpretado exactamente la verdad histórica al presentar a Bruto como un instrumento en manos de Casio. Bruto es el gran amigo de César y quien le da muerte:

Tiene que ser con su muerte. Y por mi parte, no encuentro causa alguna personal para oponerme a él, sino el bien público. (Bruto, Acto II, escena I)

La lección para Bruto a lo largo de la obra se torna contundente y, a semejanza del *bruto* de nuestra realidad (donde quiera que se encuentre), comprueba que ningún homicidio en nombre del *bien público* puede conducir a nada bueno, y menos aún en beneficio del poder. Así, él mismo se traiciona al contradecir en la acción su propia sabiduría:

El abuso de la grandeza viene cuando en ella la clemencia se divorcia del poder. (Bruto, Acto II, escena 1)

Finalmente César es asesinado, y ahora, los conspiradores de todos los tiempos hablan por boca de Casio:

¡inclinémonos, pues, y lavémonos en su sangre! ¡Cuántos siglos verán representar esta sublime escena en naciones que están por nacer y en lenguas aún desconocidas! (Casio, Acto III, escena 1)

El trono de Roma, como el de México, pierde a su Soberano. En el bullicio de los romanos se deja escuchar el pueblo de México:

¡Queremos que se nos dé una explicación! ¡Que se nos explique! (Ciudadanos, Acto III, escena II)

Al observar la explicación que se les da a los ciudadanos, salta a la vista la enorme facilidad con que un pueblo puede ser manipulado. Empero, la verdad llega a oídos de Roma. Antonio informa a la multitud de lo ocurrido y enfrenta a la ciudadanía con la verdad. La figura de Antonio, como afirma Luis Astrana Marín en su estudio preliminar,

"es la del hombre sagaz y mundano, dispuesto siempre a sacar partido de las circunstancias; político profundo, que aprovecha la muerte de César, vengándolo, para su propia elevación."

...*Marco Antonio, aunque no tomó parte en la muerte de César, percibirá los beneficios de ella, o sea, un puesto en la República.* (Bruto, Acto III, escena II)

La ciudadanía, mientras tanto, tiene una preocupación muy justificada, equivalente a la nuestra, después del incidente en Lomas Taurinas:

¿Verdad que sí, ciudadanos? Temo que venga otro peor en su lugar. (Ciudadano 3° Acto III, escena II)

Acto seguido, Marco Antonio procede a leer el testamento de César para probar al mundo que era un buen hombre, y provocar una rebelión. En ese testamento César nombra heredero al pueblo de Roma. La nación queda enfurecida y lista para levantarse en armas. Después, a la voz de los romanos que gritan *¡Noble Antonio!*, tiene lugar la primera escena del cuarto acto que representa, dramáticamente, los sucesos que han llenado de violencia a la política mexicana:

Antonio —*Todos estos, tienen que morir. Quedan sus nombres anotados.*

Octavio —*Es preciso que vuestro hermano muera también. ¿Consentís, Lépidos?*

Lépidos —*Consiento.*

Octavio —*Anotadlo, Antonio.*

Lépidos —*Pero a condición de que no vivirá Publio, el hijo de vuestra hermana, Marco Antonio.*

Antonio —*No vivirá. Mirad: con esta señal le condeno. Mas id, a casa de César, traed el testamento, y veremos el modo de suprimir algunas mandas de los legados.*

Aquí, la polémica sobre el asesinato de otro alto dirigente queda retratada.

Al término de la obra, Casio y Bruto mueren por su propia voluntad ante el horror de los sucesos y la batalla perdida. Shakespeare rinde un homenaje a Marco Bruto porque:

¡Todos los conspiradores menos él, obraron por envidia al gran César! (Antonio, Acto V, escena V)

En México, sabemos perfectamente que la envidia no es el único móvil de la conspiración y el asesinato. Las tergiversaciones políticas se han sofisticado a un grado tan elevado, que solo pueden corresponder a una finalidad de mayor magnitud y que, en realidad, únicamente son conocidas por nuestros Casios, Brutos, Marco Antonios, Octavios, Lépidos, y demás integrantes de la clase política que han heredado en sus entrañas la sangre romana.

El comentarista y crítico alemán August Wilhelm von Schlegel (1767-1845) señaló convenientemente que, "de cada transacción histórica, Shakespeare sabía cómo condensar el verdadero punto de vista poético." Este punto de vista resulta particularmente interesante en su contenido de *verdad* y, al atender a esta búsqueda de la verdad, no sería correcto hablar, únicamente, del gobierno y su crisis, y excluir al pueblo del asunto para eximirlo, no de su culpa, ni tampoco de su responsabilidad, ya que ambas son cuestionables, sino, más bien, de su intervención.

Coriolano nos ofrece otro espejo que retrata, admirablemente, las acciones *ciegas* de las masas, ese "monstruo de las mil cabezas" al que alude Shakespeare y que, por medio del sufragio, ha dado sus votos a un gobernante que ya no desea. Aunque, por un lado, sobra señalar el paralelismo existente en este hecho, por el otro conviene resaltar el porqué de esas acciones ciegas. En un primer plano, encontramos que la pobreza ha consumido al pueblo de Roma y se manifiesta por boca de un ciudadano:

La delgadez que nos devora, el espectáculo de nuestra miseria, son como el inventario encargado de mantener detallada la cuenta de su abundancia. (Ciudadano I° Acto I, escena I)

Así, nuestra ciudadanía lleva un inventario de la abundancia que ha colocado a México en el cuarto lugar, entre los países con el mayor número de fortunas en el mundo. Tanto en la obra como en nuestra realidad, la pobreza se traduce en falta de conocimientos para llegar a la luz, y a una elección, si no acertada, por lo menos consciente. Sin embargo, no por esto se excluye el hecho de que otro sector menos castigado del pueblo y con mayores conocimientos, haya dado sus votos para arrepentirse luego. En *Coriolano*, el sufragio es otorgado por nobles y plebeyos. En nuestro caso cabe preguntar, ¿cuántos plebeyos, devorados por la delgadez, no digamos acuden a las urnas, sino cuentan con una credencial de elector? Que los pobres puedan ser manipulados es entendible; pero la clase que posee una dosis moderada de estabilidad y conocimiento no tiene justificación y calificar sus acciones de *ciegas* tiene sentido. Marcio (después Coriolano), es un gobernante prepotente que desprecia a las masas; pero, por prepotente que sea, expresa el otro lado de la verdad:

...el apetito del ciudadano, se parece al de un enfermo, que desea principalmente lo que puede hacerle más daño...y llama noble al que era antes objeto de odio, y vil al que engrinaldaba con flores...(Marcio Acto I, escena I)

Independientemente de que a Carlos Salinas de Gortari se le tenga por *vil*, después de que se le engrinaldaba con flores, y a Luis Donaldo Colosio, que era antes objeto de odio, se le llame noble, a la multitud mexicana que otorgó sus votos al partido en el poder le causará un cierto eco la frase de Sicinio:

¡Cómo! ¿Hasta este día habéis podido negar lo que os pedían y he aquí que ahora otorgáis vuestros votos siempre solicitados al que no solamente no los pide, sino que se burla de vosotros? (Sicinio, Acto I, escena II)

Pero el mismo Sicinio responde a la pregunta y, una vez más sale a la luz la otra cara de la moneda; poniendo en evidencia el temor bien fundado de una buena parte de nuestros electores:

...si le habéis elegido ha sido cediendo a nuestras órdenes más que a la inspiración de vuestros verdaderos sentimientos, y vuestros espíritus, preocupados de lo que os era preciso hacer, más que de lo que queráis hacer, le han nombrado cónsul contra vuestra voluntad. (Sicinio, Acto II, escena III)

¿Cuántos mexicanos, más o menos alumbrados, dejaron en las urnas su voto preocupados por lo que era preciso hacer, más que por lo que querían hacer? Porque hasta la fecha, las opciones, en lo que se refiere a los partidos políticos, son completamente limitadas. Aun poniendo en duda la transparencia de las elecciones, no hay que descartar que si existe una resistencia al cambio quizá se deba, también, a la falta de verdaderas alternativas. Sin embargo, Coriolano ha tomado el poder y se resiste a entregarlo. Desprecia al pueblo y el pueblo le ha dado razones para ser despreciado. Como todos los personajes de Shakespeare, posee una naturaleza compleja. Dentro de sus virtudes figuran la transparencia, el reprobio a la demagogia, la determinación y el valor. Ha llegado al poder porque el pueblo lo ha permitido, y su reclamo tiene fundamentos:

¿Deberían tener sufragio gentes que dan sus votos en este minuto y que inmediatamente los quitan? Vivid, si podéis con gentes que no se pueden gobernar y que no serán jamás gobernadas. Cuando dos autoridades, la una desdeña con razón, la otra que insulta sin motivo, existen al mismo tiempo; cuando nobleza, títulos, sapiencia, no pueden concluir nada sin el SI o el NO de la ignorancia general, las necesidades serias deben

evidentemente quedar sin solución, y tal estado de cosas dar nacimiento a una inestabilidad frívola. (Coriolano, Acto III, escena I)

Pero su carácter es el de un dictador que no consiente en el diálogo, es voluntarioso e implacable. La ciudadanía recibe una respuesta escalofriante, y su paralelismo podría erizar la piel de nuestra nación, que por más de sesenta años ha vivido una dictadura institucional:

Por lo que se refiere a vuestras necesidades, vuestros sufrimientos, en esta carestía, tanto hareís en golpear el cielo con vuestras estacas como alzarlas contra el estado romano, cuyo progreso continuará la ruta emprendida, rompiendo miles de obstáculos de una naturaleza mucho más fuerte que vuestra oposición. (Menenio. Acto I, escena I)

Hacia el final, Coriolano es desterrado; pero para regresar después por el camino de la violencia, a subyugar al pueblo. Su amigo Menenio y Volumnia, su madre, lo exhortan a dirigirse a la nación con palabras corteses a fin de conquistar el corazón de los ciudadanos; para convencerlo Volumnia le dice:

Sois demasiado absoluto; no podéis, en efecto, ser nunca demasiado noble, salvo cuando las necesidades mandan. Os he oído decir que el HONOR y la POLITICA, como inseparables amigos, marchan enlazados juntos en la guerra. Decidme qué pierden una y otra en la paz para no poder ya aliarse juntas. ¿Cómo es menos honrado o más deshonesto obligar a la política a hacer compañía al honor en la paz como en la guerra, puesto que esa alianza es igualmente útil en los dos casos? (Volumnia, Acto III, escena II)

Coriolano escucha las palabras de su madre, y contra su voluntad y espíritu guerrero acepta enfrentar al pueblo; es capturado por un grupo de conspiradores y, finalmente, asesinado. El dictador ha llegado a los brazos de la muerte y, en el aire, permanece suspendido el discurso de Volumnia como una enseñanza digna para todo dirigente.

William Shakespeare se acercó a la historia para ofrecer un espejo a su nación; pero su obra será por siempre una imagen reveladora para que, cada nación y cada siglo, pueda ver sus principales caracteres. La historia, como registro de la experiencia humana, y la obra de Shakespeare como verdad poética, adquieren la forma del compás de un barco, que señala a cada instante el rumbo que sigue nuestro país y el destino que nos espera. En nuestros mares se respira un clima donde reina la corrupción del individuo, la conspiración, la ingobernabilidad, la mentira, el asesinato como medio de control, y el sustento de un régimen por encima de la dignidad del pueblo. En el horizonte se vislumbra una tormenta. Nuestros dirigentes están a cargo del gobernalle y el cambio de rumbo es ya inaplazable. El pueblo de México ha demostrado en su historia que tiene valor de sobra para enfrentar la verdad cuando ésta sale a la luz y, más aún, cuando en su delgadez que lo devora lleva el inventario de la riqueza injustificada y la impunidad. Los hechos en Chiapas, Tabasco y Guerrero son el claro indicio de que se está gestando un amotinaje y el camino para disolverlo no está en ocultar la lectura del barómetro, ni mucho menos en asesinar a quienes al verlo gritan ¡"tormenta"! sino más bien, para decirlo en palabras de Shakespeare: en...obligar a la política a hacer compañía al honor en la paz como en la guerra, puesto que esa alianza es igualmente útil en los dos casos

Bibliografía

Howard Staunton (ed.) *The Globe Illustrated Shakespeare*, Greenwich House, Nueva York, 1979.

Mortimer J. Adler (ed.) *Great Books of the Western World, PLUTARCH*, Encyclopaedia

Britannica, Inc. 1990.

G.B. Harrison, *Introducing Shakespeare*, Penguin, 1983.

Luis Astrana Marín, *William Shakespeare, Obras Completas*, Aguilar, Madrid 1978.

The New Enciclopedia Britannica, Macropedia, 1983.

Estudioso de las artes escénicas. Colaboró como adaptador, actor y guionista. Recientemente fundó la compañía Ateneo Producciones. Actualmente prepara la escenificación de dos obras de Bernard Shaw para estrenarlas el próximo año y la obra de Julio César.